

ORIGEN Y MITO

Todos necesitamos echar una mirada hacia atrás para poder respondernos a las más comunes preguntas existenciales. El “¿quién soy?” depende en gran parte de “¿de dónde vengo?”, aunque la relación entre ambas interrogantes resulta mucho más compleja que la simple causa y el efecto. ¿Qué tanto influye lo pretérito, lo genealógico, el saber quién era mi abuelo, en lo que proyecto ser? Hay mochilas con héroes, patriotas, fundadores e hijos ilustres, hay también sacos con ladrones, traidores, violadores y asesinos. No decidimos que maletín recibimos al nacer. No hicimos nada, ni bueno, ni malo, para ser parte de este elenco del siguiente capítulo de una novela familiar. Y, sin embargo, tenemos que llevar este historial como parte de nuestra identidad toda la vida... Y es allí donde empezamos a editar y a hacer la historia propia. Recortamos a un bisabuelo, dejando ciertos elementos de su entorno y difuminando otros, omitimos a aquella tía, elevando a la otra por representar valores con los cuales nos identificamos. Nacionalidades o pertenencias étnicas, al igual que ideológicas, económicas y religiosas, enfermedades, caracteres, relaciones afectivas, accidentes, gustos y vicios pueden componer elementos claves en la construcción de nuestra propia auto definición, como también convertirse en una cicatriz, generando rechazo y vergüenza. Seleccionamos piezas de este rompecabezas y levantamos nuestro relato, a nuestra medida. Necesitamos a nuestros antepasados al igual que a nuestros hijos, queremos estar orgullosos de ellos, aunque no lo estemos de todos y no siempre se pueda. Necesitamos sentir que somos parte de un proceso mucho más amplio, un eslabón en el camino que tiene un sentido, un sello y un eje.

Somos mestizos todos, y mientras más mestizo, más origen. Que bien por los pocos que son puros, especialmente si son indígenas. Son como los árboles nativos, bellos, y cada vez más escasos. Esperar que mantengan la pureza de la etnia sería cuestionar su libertad. Es natural que despurifiquen su ADN, todos nuestros

abuelos y abuelas lo hicieron, fortaleciendo de esta manera nuestros sistemas inmunológicos y capacidades intelectuales, pero ante todo aportando a la diversidad de culturas, etnias, religiones y convicciones de las cuales está compuesto hoy cada uno de nosotros.

Este crisol no tiene como base una investigación objetiva, sino que está tejido por un sin fin de hilos con fotos deslavadas, una vista por la ventana que ya no existe, un afecto no resuelto, una convicción absoluta y un desafío inalcanzable, sin embargo logrado. Viajes sin retorno, peleas a muerte, lugares que no podemos encontrar en el mapa, amores y odios eternos, palabras de otro origen presentes en nuestro vocabulario, un sombrero que siempre estaba colgado allí, música de infancia, un libro firmado por alguien importante, un juego de cubiertos incompleto, adornos y utensilios que resguardan recuerdos borrosos, leyendas domésticas en torno a una cuna, historias inconclusas de un suicidio, personajes de una sola escena.

Cada generación ficciona progresivamente el relato recibido, de tal manera que tenemos un proceso de creación colectiva, compartida usualmente de manera más intensa con la abuela y la madre, donde cada uno aporta sus sueños. Mientras más generaciones de distancia, más libremente florecen los guiones. Tanto lugares, como personajes lejanos, parecen pertenecer más al mundo cinematográfico que a la cotidianidad. Y si el cine es el sueño sobre una vida de verdad, donde no tenemos que perder el tiempo y la energía en tonteras, nuestros abuelos vuelven listos para la pantalla grande.

Resulta justo que podamos hoy, como personas, familias, barrios, ciudades, etnias, regiones y naciones, influir en nuestro origen, y no solamente recibirlo. Nos enseñaron que somos parte activa del presente y parte pasiva del pasado. Nada más falso. No hay campo más propicio para la creatividad que la historia.